

AUTORES

Josep Maria Garcia-Borés Espí
garciahores@ub.edu
Departament de Psicologia Social
i Psicologia Quantitativa
Universitat de Barcelona

Anuario de Psicología
N.º 52/1 | 2022 | págs. 107-114

Recibido: 8 de agosto de 2020
Aceptado: 8 de julio de 2019

DOI: 10.1344/ANPSIC2022.52/1.13

ISSN: 0066-5126 | © 2022 Universitat de Barce-
lona. All rights reserved.

De la verdad a una interpre- tación posible

Josep Maria Garcia-Borés Espí

Resumen

El texto consiste en una reflexión final del autor para dar cierre a la compilación de artículos del monográfico. No es, por lo tanto, un artículo más que recoge una investigación específica, sino un *ensayo epistemológico*, a modo de conferencia, que transita por la investigación psicológica convencional, los retos que derivan del cambio cultural y la idoneidad del paradigma interpretativo para la construcción de conocimiento psicológico. El ensayo concluye exponiendo la necesidad de superar el monismo epistemológico para dirigirse hacia un pluralismo tanto en la producción científica como en la formación de futuros investigadores.

Epíleg

De la veritat a una interpretació possible

Palabras clave

Epistemología, paradigma positivista, paradigma interpretativo, verificacionismo, posmodernidad.

Frases

- Es necesario superar el monismo epistemológico en la investigación psicológica.
- La consolidación de un paradigma epistemológico interpretativo abre las puertas a la construcción de un conocimiento psicológico más válido.

De la veritat a una interpretació possible

Resum

El text consisteix en una reflexió final de l'autor per tancar la compilació d'articles del monogràfic. No és, per tant, un article més que recull una investigació específica, sinó un assaig epistemològic, a manera de conferència, que transita per la investigació psicològica convencional, els reptes que deriven del canvi cultural i la idoneïtat del paradigma interpretatiu per a la construcció de coneixement psicològic. L'assaig conclou amb l'exposició de la necessitat de superar el monisme epistemològic per dirigir-se cap a un pluralisme tant en la producció científica com en la formació de futurs investigadors.

Paraules clau

Epistemologia, paradigma positivista, paradigma interpretatiu, verificacionisme, postmodernitat.

Frases

- És necessari superar el monisme epistemològic en la investigació psicològica.
- La consolidació d'un paradigma epistemològic interpretatiu obre les portes a la construcció d'un coneixement psicològic més vàlid.

From the truth to a possible interpretation

Abstract

This text consists of the author's final reflections as a way of concluding the compilation of articles in the monograph. It is not therefore another article relating to a specific investigation, but an epistemological essay or conference which explores conventional, psychological investigation and the challenges that arise from cultural change and the suitability of the Interpretive Paradigm for the building of psychological knowledge. The essay concludes by shedding light on the necessity to overcome epistemological monism in order to move towards a more pluralistic perspective as much as in scientific production as in regards to the training of future investigators.

Keywords

Epistemology, positivist paradigm, interpretive paradigm, verificationism, post-modernity.

Frases

- It is necessary to overcome epistemological monism in psychological investigation.
- The consolidation of an interpretive epistemological paradigm opens the doors to the construction of more valid psychological knowledge.

PRIMERA PARTE: EL CAMINO HASTA AQUÍ

La locura por la verdad

La reflexión psicológica debió de empezar con la misma humanidad. Esto, que podría considerarse un inicio poético, no lo es. Porque... ¿qué es la humanidad? La humanidad es, y solo es, actividad simbólica. Si al ser humano le quitamos la actividad simbólica no tenemos un ser humano, tenemos simplemente un mamífero más y, entonces, con Pavlov tenemos de sobra. Un salto evolutivo, el del ser humano, que escapa a nuestra comprensión, que se materializa en el pensamiento y el lenguaje articulado, lo que le dota de una capacidad sorprendente: la reflexividad. Una reflexividad cuya primera expresión, a buen seguro desde los inicios de aquel salto evolutivo trascendente, es la tendencia irreprimible a formularnos preguntas. Preguntas sobre cualquier aspecto de la vida y, en consecuencia, poco debieron de tardar los primeros seres humanos en hacerse preguntas de estricto carácter psicológico: *¿por qué el otro me agrede?*, *¿qué le pasa?*, *¿por qué me hace sentir así?*, *¿qué me pasa?*, *¿qué quiero?*, *¿por qué?*, *¿cómo soy?*...

Este fenómeno extraordinario —actividad simbólica, pensamiento, lenguaje articulado, reflexividad, tendencia a formularse preguntas— no se agota aquí. Una mirada antropológica, transcultural e histórica nos pone ante

otra sorprendente característica de la humanidad hasta hace poco universal: cuando un ser humano se formula una pregunta necesita, imperiosamente, una respuesta. Y pronto. Y por si esto no fuera poco, aún podemos sorprendernos más: cuando el ser humano encuentra una respuesta, se la cree. Se la cree y ello transforma radicalmente la experiencia psíquica que tenía respecto a aquello sobre lo cual se formulaba la pregunta. Espectacular el ser humano...

¿Qué puede haber tras este fenómeno? La respuesta bien pudiera ser ésta: la seguridad. Uno de los principales diversos *talones de Aquiles* de los seres humanos. Encontrando una respuesta, el ser humano se siente seguro. Se autoconviene, la convierte en verdad, en *creencia*, y entonces queda atrapado por ella.

Y, así, podemos interpretar que la experiencia psíquica de los seres humanos de todas las culturas tradicionales ha sucumbido a este autoengaño: confundir la realidad con su forma de interpretarla a partir de sus respuestas convertidas en creencias, en verdad. Creencias de amplio espectro: ingeniosas, absurdas, esotéricas, filosóficas, místicas, poéticas, astrológicas, sobrenaturales..., pero creencias vividas como verdad, con fe. Destinos, señales, presagios...; chamanes, sacerdotes, profetas, apóstoles...;

deidades variopintas, monoteísmos...; biblias, torás, coranes... han suministrado “verdades” a la humanidad para que los seres humanos pudieran sentirse mínimamente seguros ante la locura de vivir. También, a menudo, para tenerlos dominados, pero ello escapa, en esta ocasión, al hilo expositivo.

Por cierto, si considerásemos que la psicología es una disciplina que recoge las reflexiones sobre la experiencia psíquica de los seres humanos, definición que, dicho sea de paso, estaría muy bien, podríamos considerar que toda cultura dispone de un *corpus teórico psicológico*, constituido por las respuestas que sus miembros han encontrado a sus preguntas psicológicas y que se han creído. También tiene un *corpus teórico psicopatológico*, constituido por sus explicaciones a los problemas psíquicos, que se han creído. Y un *corpus psicoterapéutico*, constituido por las terapias que han aplicado, congruentes con sus creencias sobre el problema.

Así, por ejemplo, la experiencia de la *muerte de la madre* es diferente en cada cultura y momento histórico, pues está enmarcada por diversas creencias sobre la vida, la muerte, la figura de la madre, las relaciones maternofiliales... Es más, cada contexto histórico-cultural acaba definiendo cuál es la afectación esperable, el duelo adecuado, por la muerte de la madre. Y aquellos que no se ajusten a ese canon de normalidad, por defecto o por exceso, serán patologizados (“no ha asumido la muerte de la madre” en un caso, “no ha superado la muerte de la madre” en el otro), con lo que quedarán a merced de una intervención, informal o formal, “normalizadora”.

En fin, a mi juicio la humanidad en general, en su enorme —y exquisita— diversidad cultural, se ha enfrentado a la existencia refugiándose en verdades inventadas que, a su vez, han condicionado su experiencia psíquica, pensamientos, estados de ánimo, actitudes, decisiones y actos. Las *creencias verdaderas*, son la expresión de la locura por sentirse convencido, seguro, psíquicamente hablando. Aunque sea al precio de quedar atrapado por ellas.

Modernidad: el último estadio de la obsesión

Y nuestra cultura, igual. Nuestra Cultura Occidental, en su última gran etapa cultural surgida de la Revolución Francesa, la Modernidad, no ha escapado a la necesidad, a la obsesión, de disponer de verdades. La Modernidad, esa etapa que nos encanta abordar a los psicólogos culturales porque, a diferencia de las culturas ancestrales y tradicionales, no es una estructura cultural compuesta por una única metanarrativa —cosmovisión, si se prefiere— que aporta una visión unívoca y estable, sino un esquema cultural nutrido por tres metanarrativas. Dos propias: el romanticismo y el modernismo. Y una heredada del pasado: el cristianismo. El reto psicocultural consiste en comprender cómo nuestros antepasados inmediatos conseguían articular las tres metanarrativas sin enloquecer o,

por lo menos, sin sentirse desorientados, contradictorios. Tampoco es esta la ocasión de entrar en este apasionante tema. La cuestión es que todas ellas siguen siendo *discursos de la verdad*: la *palabra de Dios* de la metanarrativa cristiana, el “lo auténtico que llevas dentro” del romanticismo y la *verdad científica* del modernismo.

Es este último discurso de la verdad el que nos interesa analizar aquí, puesto que, mientras que los otros dos no se diferencian de *credos de verdad* anteriores o de otras culturas, el modernista, con su *recurso científico*, se nos presenta, precisamente, como no afectado por los sistemas de creencias. Y el autoengaño ha funcionado. En el seno del discurso modernista surge la tradición epistemológica positivista, encuentro de las epistemologías empirista y racionalista (sobre todo empirista), como culminación del sueño renacentista de que el ser humano puede conocer la realidad por sí mismo, sin necesidad de Dios, rompiendo así con la epistemología teocrática del Medioevo. En el siglo XIX, el positivismo se presentará, en efecto, como el modo correcto de conocer la realidad. Como la verdad de verdad.

De hecho, lo que conocemos como ciencias naturales (en adelante, CCNN) ya funcionaba con una productividad enorme bajo el empirismo desde su inicio y, desde hacía tiempo, con una capacidad cada vez más desbordante de instrumentalizar sus conocimientos en artefactos. En ingenios que estaban transformando el mundo a una velocidad espectacular. La lógica positivista les dará aún más impulso y legitimidad como el modo adecuado de conocer la realidad. A lo largo de la segunda mitad del XIX, lo que hoy conocemos como ciencias humanas y sociales (en adelante, CCHHSS) empezará a mirar de reojo el modo de proceder naturalista preguntándose si no debería adoptarlo para su propio objeto de estudio (el ser humano en sus distintas facetas) al admirar esa capacidad de construcción de conocimiento y su fuerza transformadora. Y empezaron los intentos.

La última gran retórica de la verdad: el credo positivista

Poco a poco, el estado de opinión en las CCHHSS se fue decantando hacia el positivismo hasta su triunfo definitivo allá por los años treinta del pasado siglo. Un triunfo total y absoluto que hizo desaparecer durante décadas la discusión epistemológica, puesto que no había nada que discutir. El positivismo, o mejor, la tradición positivista para así incluir todas sus variantes evolutivas, se instauró para todas las ciencias como el camino correcto para conocer la realidad, acabando así con la gran fuente productora de conocimiento psicológico: la reflexividad.

Porque, en efecto, la psicología no fue una excepción. Cuando triunfa Watson, en realidad triunfa el positivismo. Incluso, mirando hacia atrás, se acabará instituyendo al pobre Wundt como padre de la psicología científica al considerar que fue el primero en hacer la apuesta por el

modelo de las CCNN con la inauguración de su laboratorio de psicología experimental en Leipzig, cuando el mismo Wundt afirmaba que el método experimental solo servía para el estudio de la experiencia sensorial, mientras que para el estudio de los procesos psicológicos superiores se requerían procedimientos culturalistas. Pero eso se pasó por alto.

Por supuesto, los partidarios de esta psicología positivista, triunfante, académica, oficial, se encargaron de descalificar todo aquel conocimiento espontáneo, antropológico, multicultural al que antes se hacía referencia por considerarlo “conocimiento vulgar”, salvaguardando así el estatus “científico” de la psicología positivista e insituyéndose como los únicos poseedores de la verdad.

Cuando la psicología adoptó el positivismo, como es lógico, hizo suyos los axiomas fundamentales de este planteamiento epistemológico. Por ejemplo, el de la regularidad de los fenómenos. Cuando las CCNN observaron el universo, llegaron al convencimiento de que los astros no se movían arbitrariamente, al azar, sino que seguían una pauta, unas reglas, unas leyes de funcionamiento, y de que la cuestión era proceder correctamente para descubrirlas. Porque, si las descubrimos, podremos prever su comportamiento futuro. ¡Ah, la predicción!, otra de las grandes obsesiones. Y claro, si podemos prever su comportamiento futuro, nos podremos proteger. O sea, seguridad. Cuando los positivistas transportaron la lógica al estudio de la naturaleza, aplicaron el mismo axioma, en cuanto que la naturaleza forma parte del universo. Así lo hizo la geología, la zoología, la física, la botánica... Ahora bien, a diferencia de los astros, la naturaleza está a nuestro alcance. Si descubrimos las reglas que la regulan, ya no solo podremos prever su funcionamiento sino también diseñar intervenciones alteradoras e incluso prever su efecto. Seguridad, control, intervención y dominación subyacen en el sueño positivista. Cuando las CCHSS importan el positivismo, incorporan el axioma y, así, la sociología considerará que, a pesar de lo dispar de las sociedades, estas responden a unas reglas que se pueden llegar a descubrir. Y lo mismo la psicología.

Este axioma de la regularidad de los fenómenos tiene muchas consecuencias. Además de reproducir, de forma más o menos sofisticada, la lógica causa-efecto, llevará al planteamiento nomotético, esto es, al descubrimiento de leyes generales del funcionamiento. La consecuencia: al positivista no le interesa el caso particular. Es más, si este no sigue la norma, le estorba hasta el punto de llamarlo *desviación tipo*. Así, toda la producción positivista se acerca a la realidad con una mirada sesgada de entrada, buscando desesperadamente la *comunalidad* y eludiendo la *diversidad*, que le estorba para la construcción de su verdad anhelada.

Pero quizás lo más paradójico de la tradición positivista, que se presenta como exenta de creencias, es que parte de una creencia fundamental y espectacular: que el ser humano puede conocer la realidad de una forma

objetiva. La *objetividad*, casi sinónimo de positivismo, sinónimo definitivo de *verdad*. La fe en la objetividad del discurso científico es ciega. El amén ante esta creencia ha calado incluso en la misma ciudadanía hasta instalarse de manera determinante en una discusión de pareja. El ser humano puede conocer la realidad de una forma objetiva, verdadera. Hay que admitir que, puestos a creer en algo, esta creencia es más que seductora: “¡Imagínate: conocer la realidad tal cual es!”. Siguiendo sus raíces empiricistas: “La realidad misma nos confirmará lo que decimos de ella”. Fascinante. La modernidad se entregó sin reparos a este acto de fe.

¿Y cómo se conseguiría la objetividad? Pues con un método: el método científico (positivista). Una serie de pasos procedimentales que, misteriosamente, neutralizan la subjetividad de quien investiga (sus creencias, valores, ideología...) permitiéndole observar la realidad tal cual es. Sin comentarios. Y así se produce la sacralización del método, pues es el garante de la supuesta objetividad. El método permite *verificar* la hipótesis. De hecho, el problema que objetamos es el *verificacionismo*. Y, por ello, esta crítica va más allá de la tradición positivista. Atañe a cualquier posición epistemológica verificacionista.

Hasta Popper, todo iba sobre ruedas. Hasta entonces, se trataba de acumular conocimiento. Comprobación empírica y, venga, teoría finalista y a otra cosa. Pero el hecho de que, para asegurar la verdad de una teoría, esta debiera ponerse a prueba en todas las circunstancias en que se diera la cuestión estudiada, cosa a todas luces imposible, no solo hacía más complejo el asunto, sino que echaba por tierra el gran sueño subyacente en el Positivismo: que un día lo sabríamos todo. Al contrario, Popper había dejado claro que nunca podríamos estar completamente seguros de nada. Terrible.

¿Quién entonces salvó al positivismo? Fueron las leyes de la probabilidad. En efecto, este ámbito disciplinar, que había tomado impulso a mediados del siglo pasado, permitió al positivismo sobrevivir: “No podemos estar completamente seguros..., ¡pero casi!”. Las leyes de la probabilidad y... el comodín de los comodines: la *muestra representativa*. “Observaremos a una pequeña parte de la población, bien variada, y haremos como que vale para toda la población”. Y la comunidad científica dijo al unísono: “Amén”. Y, desde entonces, nadie pone en duda que 457 cuestionarios son ciencia, pero 454, no.

Eso sí, desde entonces, a quienes comulgan con el positivismo no les queda más remedio que poner en sus tablas numéricas eso tan incómodo del *margen de error*. Pero, cuando pasan a las conclusiones, reaparece la retórica de la verdad comprobada: “Hemos podido confirmar la hipótesis...”. Y no digamos ya en los escenarios públicos: “Se ha comprobado científicamente que...”. Y todo el mundo a callar. De ahí Foucault con su denuncia: ciencia es poder.

En todo caso, la probabilística comportó la matematización del conocimiento, con sus porcentajes, sus cam-

panas de Gauss, sus gráficos multicolores y multiformes. Una matematización que, cuando se aplica al mundo de la psicología, francamente hace sonrojar a cualquier persona sensata. De nada sirvieron ni los Kuhn ni los Feyerabend. El único debate que se permitió a partir de la década de los ochenta fue entre los partidarios de una metodología cuantitativa y los de una metodología cualitativa. Hay quien sigue creyendo que este es el gran debate. Pero el debate trascendental no es metodológico sino epistemológico. Si el método cualitativo tiene finalidad verificacionista, estamos en lo mismo: construcción de verdades.

Todo ello ha ido dando lugar a una psicología que se nos presenta científica (en sentido positivista), donde todo es perfectamente cuantificable, sistematizable, estandarizable, extrapolable en lugar y tiempo. Una psicología que da mucha seguridad a quienes investigan porque “todo cuadra”. Una psicología que da mucha seguridad al mundo profesional, que se ampara en teorías supuestamente verificadas, eludiendo así la responsabilidad de sus propias interpretaciones y decisiones interventivas.

SEGUNDA PARTE: EL FIN DE LAS VERDADES

Tiempos posmodernos

Conozco el habitual rechazo al término *posmodernidad*. Desde quienes lo consideran un término ya pasado —cuando justamente lo estamos utilizando para hablar de un futuro que apenas está comenzando—, pasando por quienes identifican lo posmoderno con actitudes individualistas, nihilistas, escépticas, superficiales... —cuando, a mi juicio, esas actitudes no son posmodernas, sino las expresiones, precisamente, de la crisis de la Modernidad—, hasta quienes acusan al pensamiento posmoderno de frívolo, como si fuera defensor del “todo vale” —cuando considerar que no disponemos de un criterio de verdad no implica en absoluto que “Entonces da igual cómo interpretamos las cosas”, puesto que las distintas interpretaciones tienen consecuencias muy diferentes—. Posmodernidad, al fin y al cabo, significa simplemente *después de la Modernidad*. Y es que la Modernidad está en fase terminal. Una fase que se inició hace tres décadas y que nos sitúa en la actualidad en una época de transición cultural. Pero es que los tiempos de cambio cultural drástico no son ni cortos ni inmediatos, sino que se instituyen en una época por sí mismos.

Así, desde nuestro punto de vista, estamos ya en una etapa posmoderna, pero aún no disponemos de una cultura posmoderna para desarrollarnos equilibradamente en ella. Es más, la cultura de la Modernidad es la que sigue transmitiéndose, a pesar de que ha perdido su funcionalidad para vivirnos en el presente y en el futuro. Y de ahí esas actitudes, de ahí buena parte de las tensiones psíquicas que vivimos la mayoría.

Una nueva etapa que consideramos que se inicia en la década de los noventa, donde convergen cuanto menos tres factores: 1) geopolítico, con la caída de la Unión Soviética y la implantación del otro modelo como único sistema: el capitalismo, que se globaliza y extrema; 2) el desarrollo exponencial de un tipo de mercado multinacional: la globalización económica, que escapa al control de los Estados o, mejor dicho, de un poder económico cada vez más invisible que domina al poder político, y 3), con el precedente televisivo, el desarrollo de la era digital, que comportará una globalización cultural.

Desde la óptica psicocultural, nos interesa particularmente el tercer factor. Y ello es así porque ha comportado el fin de las lógicas de las culturas tradicionales, con sus esquemas únicos y estables en el tiempo, que aportaban seguridad psíquica. La llegada incesante y caótica de múltiples referentes disonantes, contrapuestos, contradictorios, que se van internalizando, ha acabado con esos órdenes culturales y, por ende, psíquicos. Ha puesto en jaque las *verdades culturales*.

Sea como sea, en la etapa posmoderna se ha ido generando incertidumbre, duda, confusión. Es la incredulidad ante las metanarrativas, ante los *grandes relatos* de la Modernidad; un estado de conciencia de sus límites; la consecuencia del fracaso del proyecto moderno, tal y como lo entendían los Lyotard o los Vattimo, entre muchos otros. Y va acompañada del descrédito de religiones, ideologías políticas y líderes; de la desazón por un mundo destruido por nuestra propia actividad; de la aceleración de todo; de no ver un futuro claro ni estable.

Mirada ontológica (y epistemológica) para el presente y el futuro

Pero tomemos ahora una ruta más... luminosa. En la década de los ochenta, no todas las voces de la psicología comulgan con el credo epistemológico positivista ni consue ya principal exponente teórico en ese momento, el cognitivismo, que el mismo Bruner se encargó de poner en evidencia a inicios de los noventa. Empezarán a surgir nuevas propuestas teóricas, como es el caso del socioconstruccionismo de Gergen e Ibáñez, que algunos de nosotros —autores y autoras— hemos tratado de desarrollar, con una visión ontológica que nos parece más ajustada a la naturaleza del psiquismo humano y que, además, consideramos que resulta óptima para enfrentarnos a este nuevo mundo que ya está aquí. Una visión ontológica que tiene consecuencias trascendentales en el plano epistemológico que nos ocupa. De hecho, no son pocas las voces que vinculamos la recuperación de la discusión epistemológica en psicología y la emergencia del paradigma interpretativo al surgimiento de estos nuevos planteamientos ontológicos, que, eso sí, tienen raíces en ópticas teóricas anteriores, empezando por el interaccionismo simbólico de Mead.

Desde esta posición, se defiende la centralidad de la subjetividad, de esa experiencia individual que pasa por la interpretación que hacemos de la realidad y de nosotros mismos y de la que derivarán unas u otras emociones, estados de ánimo, actitudes, disposiciones, comportamientos. Ello supone asumir que, desde el punto de vista psicológico, lo que afecta al ser humano no es lo que le pasa, sino cómo vive psíquicamente, subjetivamente, lo que le pasa; ello supone asumir que, en el caso de los seres humanos, la realidad siempre se interpreta subjetivamente y que, en consecuencia, nunca podremos tener la seguridad de que es como la estamos interpretando. Y, claro, eso es una bomba para la cultura de la Modernidad, obsesionada con la certeza. La verdad desaparece del paisaje de la experiencia humana.

La consecuencia epistemológica es directa, puesto que ello atañe también al investigador, que no puede escapar, con método alguno, a esta condición. O, dicho de otro modo, la objetividad pasa a ser una fantasía. Atractiva, pero fantasía. Y no solo eso. En la medida en que no hay dos subjetividades iguales, difícilmente se podrán elaborar teorías nomotéticas, generales.

Esta subjetividad, esta particular manera de entender la realidad que desarrolla cada persona, no es un producto individual, sino una construcción social, fruto de las infinitas negociaciones intersubjetivas de significado sobre la realidad que efectuamos continuamente con nuestro entorno social, lo que produce constantes minúsculos cambios en nuestra mirada, en nuestra subjetividad, que casi siempre nos resultan imperceptibles a nosotros mismos. Una subjetividad socialmente construida y en continuo cambio. Ello otorga a nuestro entorno social una relevancia extraordinaria, sin duda. Pero también sitúa en el absurdo la elaboración de teorías estancas, estables, sistematizables, estandarizables. ¿Y la predicción? Con una experiencia siempre cambiante, no puede ir más allá de una mera posibilidad especulativa. Orientativa, si se quiere, pero poco más.

Otra cuestión que cabe destacar de este planteamiento ontológico es el carácter cultural de los contenidos de la subjetividad. En efecto, la cultura en la que la persona se desarrolla le aporta los elementos simbólicos, la materia prima, para que vaya construyendo su subjetividad. La resultante es una subjetividad en efecto idiosincrásica de cada cual, pero a su vez típica, característica, de la cultura, en ese momento histórico, en la que se ha desarrollado y se desarrolla, puesto que es de ella de donde se han extraído los elementos para constituir la mirada sobre el mundo y uno mismo. Toda actividad humana remite al contexto cultural e histórico en el que se produce. También el conocimiento científico remite a su contexto de producción, lo que pone en entredicho el carácter acultural y ahistórico con el que se presentan las teorías de corte positivista.

Psicología interpretativa versus psicología positivista

¿Tan difícil es asumir que solo podemos generar *interpretaciones posibles* de la realidad? Interpretaciones que, desde el ámbito académico, podríamos, aunque sin garantías, esperar que sean más elaboradas, más complejas, más sutiles que las interpretaciones espontáneas. Pero interpretaciones en definitiva. ¿Tan difícil es asumir que es el ser humano quien dota de sentido a la realidad que le rodea? No se trata de conocer el sentido de la realidad, sino de conocer los sentidos que le atribuimos los seres humanos.

Demos un breve paseo por la contraposición entre el paradigma positivista y el paradigma interpretativo. Frente a la meta de la *explicación*, recuperamos la de la *comprensión*. Frente a una psicología de los *hechos*, una psicología de los *significados*. Frente a procedimientos *analíticos* y *atomistas*, proponemos métodos *sintéticos* y *holísticos*. Del conocimiento *objetivo* pasamos al conocimiento *subjetivo*. Del discurso de la verdad, a la interpretación posible. De un conocimiento pretendidamente *acultural* y *ahistórico*, a la necesaria contextualización cultural e histórica del conocimiento producido. De un conocimiento *nomotético universal*, a un conocimiento *idiográfico situado*. Del *aval metodológico*, a la metodología como mero *instrumento* para enriquecer la interpretación posible. Del dato como *prueba*, al dato como *inspiración* o *ilustración*. De la *comprobación*, a la *plausibilidad*. De simular hablar desde ningún lugar, a hacer explícitos los propios posicionamientos. De la pretensión de *neutralidad*, amparada en la supuesta limitación a reflejar la realidad tal cual es, a poner sobre la mesa las relaciones de poder, los intereses ocultos, las repercusiones políticas de las interpretaciones propuestas. De la autoimagen de *analista poseedor de la verdad*, a la de *intérprete y crítico*.

Todo ello, y mucho más, vale para el conjunto de las CCHHSS, pero es particularmente relevante en el caso de la psicología. Nuestro objeto de estudio, la experiencia psíquica, es enormemente complejo. De entrada, porque no tenemos perspectiva, distancia, entre el objeto y quien lo observa: Lo que digamos de la experiencia psíquica de los seres humanos está preñado de nuestra propia experiencia psíquica. Pero, además, por las propias características del objeto: un ser humano con una experiencia psíquica simbólica, intangible, etérea y en constante cambio. Por eso hay quienes consideramos que el gran error de la psicología de la Modernidad fue, precisamente, adoptar el modelo de las CCNN, con su foco en los hechos y no en los significados. Un modelo que lleva a pretender acotar, medir, sistematizar y estandarizar las experiencias psíquicas. Esta es la gran paradoja de la apuesta positivista que hizo la psicología: que trata como *cosa* aquello que no lo es.

La continuidad

Siempre fuimos naífs. Creímos que, con la emergencia del paradigma interpretativo, el paradigma positivista tenía los días contados para la psicología. Treinta años después, este paradigma epistemológico sigue dominando el universo académico de la disciplina. Por supuesto, ya no de un modo exclusivo, como lo muestra parte de la producción de conocimiento psicológico actual, por ejemplo, las distintas contribuciones aportadas en este número. Ya se ha abierto una brecha en este monopolio epistemológico, pero el dominio positivista continúa siendo enorme.

Pervive en la psicología actual este enfoque epistemológico que enfatiza la fiabilidad (“Si haces lo mismo, encuentras lo mismo, claro”), pero que tiene un gravísimo problema de validez como acabamos de ver, puesto que, si bien, efectivamente, da mucha seguridad a la actividad investigadora y a la actividad profesional, no se sabe de qué habla. De la experiencia psíquica de los seres humanos me temo que no.

Distintas razones explican su pervivencia. De una parte, sus partidarios ostentan el poder académico y, desde ese poder, imponen criterios de selección que les permiten promover a los afines y censurar, o cuando menos dificultar, la promoción de quienes disienten. De otra parte, como hemos visto, este paradigma epistemológico positivista, el que eludió la cultura desde sus concepciones universalistas, es una expresión tácita de la cultura de la Modernidad, una de las más obsesionadas con la *certeza*. Es más, este paradigma se instituyó, y así sigue, como el modo adecuado de obtenerla. Si a ello le añadimos la seguridad que conlleva el discurso de la verdad, entenderemos que el devenir de la concepción positivista, del verificacionismo, va ligado al devenir de la cultura de la Modernidad. Por eso tenemos el convencimiento de que, pronto o tarde, sucumbirá. Tal vez no será por nuestras críticas ni por sus incongruencias o falta de validez. Pero nuestro parecer es que sucumbirá. Vemos la cultura de la Modernidad herida de muerte. Nos da la impresión de que los discursos de la verdad tienen los días contados. Y, si es así, el último discurso de la verdad caerá como han ido cayendo otros.

Pero, por ahora, esta concepción del conocimiento científico no solo sigue vigente, sino que, en los últimos tiempos, se ha radicalizado, tal vez por aferrarse desesperadamente a sus creencias pronto caducas. De la mano de Boloña, el credo positivista alcanza la cota del absurdo, particularmente en el ámbito de la psicología. Un simple repaso a los actuales criterios e indicadores de calidad lo hace evidente. Ejemplos son la obsesión por el método, que ha llevado a valorar un trabajo no por la riqueza del contenido, sino por el ajuste estricto a las exigencias procedimentales; la sobrevaloración de lo cuantitativo; no poder distinguir una tesis doctoral de una simple investigación empírica, dado el vacío teórico de muchas tesis; poder doctorarse simplemente publicando tres artículos empíricos, generalmente repetitivos; utilizar indicadores

de impacto de muy sospechosa procedencia; sucumbir a un mundo anglosajón, que nunca se ha interesado por conocer nada fuera de su órbita cultural, o valorar los trabajos por el hecho de publicarse en inglés, como si el idioma aportara algo al contenido.

Criterios de los que se hace depender desde el reconocimiento del trabajo realizado o la financiación de futuros trabajos hasta la promoción de quienes compondrán la futura comunidad docente e investigadora. Criterios que, por absurdos, no hubiesen superado ni los Weber, ni los Freud, ni los Mead, ni los Kuhn, ni los Bruner, ni los Gergen. Criterios alejados del impacto y la relevancia social. Todo ello ha provocado, a mi juicio, un lamentable empobrecimiento del conocimiento psicológico de las últimas décadas.

COROLARIO: “Y, SI NO, PUES LLAMADLO ENSAYO”

Este texto, más allá de ser una crítica a la psicología aún dominante, lo es a su actitud autoritaria, excluyente y censora. Si no se diera esta actitud, mis discrepancias con el verificacionismo serían las mismas, pero no mi beligerancia. Al fin y al cabo, nadie escapa a las creencias. La diferencia es que hay quienes las viven como verdades y quienes las vivimos como simples interpretaciones posibles. Y es que a los partidarios del positivismo, del verificacionismo, les da pavor asumir estas cuestiones porque se les derrumba la ficticia frontera entre “su conocimiento científico” y el que ellos mismos denominan “conocimiento vulgar”. Se derrumba el pedestal en el que les encanta estar. De ahí su agresividad.

Y, así, quienes se identifican (lo sepan o no) con el paradigma epistemológico dominante nos acusan de que lo que hacemos no es sino *interpretación subjetiva*. Y sí, sí, en efecto. Les replicamos que ellos hacen exactamente lo mismo, solo que nos lo presentan como *verdad comprobada*. El enfrentamiento es obvio. En todo caso, a mí particularmente, tras décadas en la academia, no me importa en absoluto que definan, con intención descalificadora, mis trabajos como “ensayos”. Al contrario, yo mismo los puedo calificar de *ensayos académicos*.

El problema no es la discrepancia. El problema es el *monismo* epistemológico y su intransigencia. Y, por ello, el *telos* de este texto es, ante todo, el reclamo de un necesario *pluralismo* epistemológico. La legitimidad de ambos planteamientos, su presencia en la formación de las futuras generaciones de profesionales de la psicología. El reconocimiento, pleno, a todos los niveles, de que hay, cuando menos, dos modos diferentes de producir conocimiento, Y que cada cual elija su modo.

Un par de soluciones podrían implementarse fácilmente. La primera: elaborar una *taxonomía* de la producción científica, es decir, que, cuando alguien se acerque a un texto, no solo encuentre indicado el tema y la autoría, sino también desde qué óptica teórica, epistemológica y

metodológica se ha construido. Una taxonomía necesariamente abierta a nuevas opciones epistemológicas y metodológicas que puedan ir surgiendo. Y la segunda: que las nuevas promociones no estén obligadas a trabajar bajo parámetros en los que tal vez no creen. Que sean evaluadas según criterios congruentes con su opción epistemológica. Que tengan las mismas oportunidades que quienes siguen comulgando con el credo dominante. Que se acabe, en fin, la censura epistemológica.

Este texto ha puesto el foco en el fin de las verdades, incluida la científica. Sé que da vértigo renunciar a las ver-

dades. Por ello, no quiero finalizar sin hacer una reflexión al respecto. La búsqueda de la verdad ha colonizado la historia de la humanidad hasta nuestros días. ¿Y si toda la enorme energía psíquica que dedicamos constantemente a defender “nuestras verdades” en la ciencia, en la política, en nuestras discusiones en casa, la usáramos para generar nuevas interpretaciones sobre la realidad y sobre nosotros mismos? Nuevas interpretaciones orientadas a crear y crearnos un mundo mejor que la mayoría de nosotros querríamos. Tal vez ese mundo estaría más cerca. Estoy convencido.